

CAPÍTULO V

EL MARXISMO, TEORÍA CIENTÍFICA DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA

1. *Marx y Engels, fundadores del comunismo científico*

Los fundadores del comunismo científico fueron los revolucionarios alemanes Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), amigos íntimos y compañeros de lucha.

Por su origen, ni uno ni otro pertenecían a la clase obrera (el padre de Marx era un famoso abogado y el de Engels un gran fabricante), pero dedicaron toda su vida a la causa del proletariado. Venciendo dificultades y obstáculos incalculables, y bajo una granizada de persecuciones y calumnias, en el transcurso de cuarenta años lucharon juntos, codo con codo, al frente del movimiento revolucionario europeo. Estos dos guías de la clase obrera poseían plenamente cualidades tan nobles como la franqueza y la valentía, la veracidad y el desinterés, una extraordinaria sensibilidad para tratar con sus camaradas de lucha y la intransigencia con los enemigos de los trabajadores.

Su actitud no obedeció tan sólo a una protesta contra la injusticia de la sociedad burguesa. Naturalmente, su conocimiento de la vida del pueblo despertó en ellos la más viva simpatía hacia el obrero. Pero Marx y Engels eran, ante todo, hombres de ciencia, que supieron ver y fundamentar científicamente la inevitabilidad del hundimiento del régimen explotador capitalista y su sustitución por un régimen superior, el comunismo. Su concepción científica se conoce con el nombre de marxismo.

El marxismo surgió, ante todo, como síntesis de los nuevos fenómenos que se habían ido produciendo al desarrollarse el régi-

men burgués. En el colosal desenvolvimiento de las fuerzas productivas en el seno del capitalismo vieron Marx y Engels la base material de la supresión de la desigualdad social y de la explotación del hombre por el hombre, idea a la que casi habían llegado los grandes socialistas utópicos. Pero Marx y Engels fueron mucho más allá que los socialistas que los habían precedido: encontraron en la sociedad la fuerza capaz de llevar a cabo una revolución social de carácter radical. La tesis del papel histórico mundial del proletariado como sepulturero del capitalismo y creador de la nueva sociedad comunista, fue el más importante rasgo distintivo del marxismo.

2. Concepción materialista de la historia

Marx y Engels pudieron crear la teoría revolucionaria científica gracias a la nueva concepción materialista de la historia por ellos elaborada.

Antes de Marx y Engels, se consideraba que el desarrollo de la sociedad lo determinaba la voluntad de los hombres: los ideales de unos u otros pensadores y los actos de los legisladores, políticos y conquistadores; en resumen, de las grandes personalidades. Los filósofos materialistas enseñaban que la naturaleza no dependía de la voluntad de los hombres y que la conciencia de éstos no hacía más que reflejar sus leyes, que las acciones del hombre venían determinadas por la necesidad natural. Pero incluso ellos abandonaban sus posiciones materialistas en cuanto ponían los ojos en los procesos sociales; también ellos creían que bastaba con idear una u otra organización racional y encontrar un gran hombre que emprendiera su realización, para que la injusticia fuese extirpada de las relaciones sociales y se instaurara el reino de la libertad universal.

Estudiando profundamente la historia, Marx y Engels descubrieron que la vida social la determinaban las leyes económicas de la producción, independientes de la voluntad y la conciencia de los hombres; descubrieron que uno u otro modo de producción determinaba todas las relaciones humanas: las instituciones políticas, las normas morales, las leyes y las ideas. De este hecho, ante todo, debían partir los revolucionarios si querían ver realizados sus ideales.

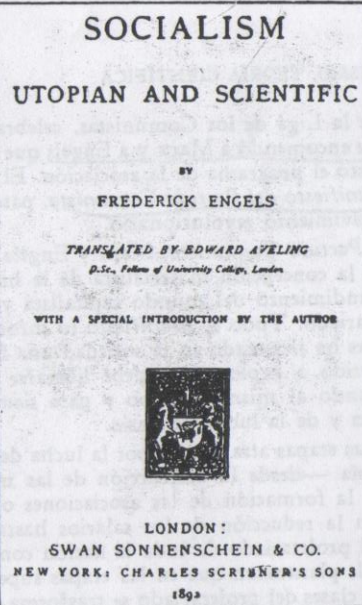
Los pensadores se habían aproximado hacia ya mucho tiempo a la nueva concepción de la historia, a la concepción materia-



Carlos MARX
(1818-1883).
De él se dijo:
"La doctrina
de Marx
es todopoderosa
porque es
verdadera".

lista. En el siglo XVIII eran ya muchos los que consideraban la sociedad dividida en clases hostiles y Rousseau vinculaba directamente su aparición con la invención de nuevos medios de producción y con la división del trabajo. Los historiadores que estudiaban los acontecimientos de las grandes revoluciones (Guizot, Thierry, Mignet y otros) veían cada vez más claramente que las fuerzas motrices del desarrollo de la sociedad eran las luchas de clases: todas las transformaciones sociales se llevaban a cabo bajo la presión de las clases revolucionarias oprimidas, la lucha de clases evidenciaba constantemente la inconsistencia de unos u otros ideales de los jefes y conducía a resultados que los hombres no habían previsto en absoluto.

Haciendo pasar por el filtro de su pensamiento los acontecimientos acumulados por la historia, Marx y Engels hallaron su sentido y con ello dieron un enorme paso adelante. Demostraron que la división de la sociedad en clases y la lucha entre éstas eran fenómenos pasajeros, temporales, y que la humanidad llegaría inevitablemente, en el curso de su desarrollo histórico, a la sociedad sin clases, sin explotación del hombre por el hombre.



Portada
de la edición inglesa
de la obra
de Federico Engels
"Del socialismo
utópico
al socialismo científico".

Los razonamientos que llevaron a Marx y Engels a esta conclusión, son en síntesis los siguientes:

Para vivir, los hombres tienen que producir continuamente medios de existencia. Pero, en el curso de ese proceso, entran inevitablemente en determinadas relaciones de producción. Cuando el hombre sólo sabía utilizar los instrumentos más primitivos, para la organización de la producción se requería el esfuerzo mancomunado de todos los hombres, su trabajo colectivo. Por ello, en las primeras fases del desarrollo social existía la propiedad colectiva sobre los medios de producción y, por consiguiente, todas las relaciones entre los hombres se basaban en principios colectivistas. No había propiedad privada ni lucha de clases.

A medida que se fueron desarrollando los instrumentos de producción, apareció la posibilidad de que el productor obtuviese un pequeño excedente de medios vitales. El surgimiento de la ganadería, la agricultura y las industrias hizo que las tribus o grupos de hombres se dedicaran casi exclusivamente a uno u otro tipo de

producción, por lo que surgió la necesidad del canje de productos entre ellos. El desarrollo del cambio hizo a su vez que se destacara una mercancía que era medida y valor de todas las demás: apareció el dinero y, con él, las condiciones para la acumulación de la riqueza en manos de determinadas personas. Fue entonces cuando cambiaron radicalmente las relaciones de producción: nació la propiedad privada sobre los medios de producción, y los hombres que poseían riquezas y dichos medios, empezaron a explotar a los demás miembros de la sociedad. En suma, la sociedad se dividió en clases hostiles, en grandes grupos de hombres con intereses diametralmente opuestos, inconciliables. Primero fueron los esclavistas y los esclavos, después los señores y los siervos, y, por último, la burguesía y el proletariado. Las clases dominantes necesitaban de un órgano especial que les permitiera mantener sometidos por la fuerza a los oprimidos; surgió el Estado.

Marx y Engels enseñaban que el desarrollo mismo de la producción, que había conducido a la división de la sociedad en clases, había de poner fin necesariamente a dicha división. Después de la revolución hecha en la industria por el vapor y la máquina, las fuerzas productivas se desarrollaron con particular ímpetu. La producción fue adquiriendo un carácter cada vez más social: el producto del trabajo era obra del esfuerzo colectivo de los obreros, y las empresas y ramas de la industria únicamente podían trabajar en estrecha cooperación; la producción se hizo inconcebible sin un cálculo de las necesidades de la sociedad en su conjunto, sin planificación. Sin embargo, el producto del trabajo común se lo seguían apropiando los capitalistas. Cada uno de ellos lanzaba sus mercancías al mercado con el único fin de aplastar a sus competidores y asegurarse el máximo beneficio. A partir del siglo XIX, la sociedad empezó a verse estremecida por crisis periódicas de superproducción, que llevaban a la destrucción de productos y de fuerzas productivas. La necesidad de liquidar la propiedad privada burguesa sobre los medios de producción y de sustituirla por la propiedad colectiva se hizo condición indispensable para el desarrollo de la sociedad.

La falta de correspondencia entre las viejas relaciones de producción, basadas en la propiedad privada, y el nuevo carácter social de las fuerzas productivas, había de ser la principal causa de la revolución social, llamada a barrer el viejo modo de producción y abrir camino al nuevo, más progresista. Pero esta inevitable revolución no podía hacerse por sí misma: debía ser obra de los hombres, de la lucha de las clases progresistas y de sus partidos contra la clase

reaccionaria, interesada en mantener el viejo orden de cosas. Es mérito de Marx y Engels el haber hallado la fuerza capaz de derrocar el viejo régimen. "La burguesía —dijeron— no sólo ha forjado el arma que ha de matarla, sino que ha engendrado a los hombres que dirigirán esa arma contra ella, los obreros contemporáneos, los proletarios."

Era precisamente el proletariado, sometido a despiadada explotación, quien estaba interesado en la supresión del sistema capitalista. La concentración de grandes masas obreras en las empresas ofrecía posibilidades para su organización. La producción maquinizada, al exigir del obrero determinados conocimientos, hacía al proletariado susceptible de ser rápidamente ilustrado. Todo ello creaba las premisas para una lucha proletaria victoriosa. La tarea consistía en organizar al proletariado, en unir sus esfuerzos. "La clase obrera —decía Marx— no ha de realizar unos u otros ideales, sino únicamente ofrecer campo libre a los elementos de la nueva sociedad, desarrollados ya en las entrañas de la vieja sociedad burguesa, que se está destruyendo."

Así, gracias a la concepción materialista de la historia, el socialismo se convirtió, de un sueño, de una utopía, en ciencia.

3. *Unidad de la teoría del socialismo con el movimiento proletario. El Manifiesto Comunista*

Marx y Engels no eran sabios de gabinete; se hallaban sumergidos en el movimiento de las masas y participaban en las luchas revolucionarias.

Al elaborar los fundamentos de la concepción científica del mundo, aspiraban a agrupar, sobre la base de los principios de su programa, a los socialistas y a los obreros avanzados de los distintos países.

En 1846, Marx y Engels, a la sazón en Bruselas, hicieron los primeros intentos de crear organizaciones obreras, y en 1847 ingresaron, para difundir su doctrina entre las masas proletarias, en la Liga de los Justos, organización revolucionaria internacional que bajo su influencia fue adquiriendo gradualmente un carácter proletario y, después de una reorganización radical, adoptó el nombre de Liga de los Comunistas.

En el II Congreso de la Liga de los Comunistas, celebrado en Londres a fines de 1847, se encomendó a Marx y a Engels que redactaran en forma de manifiesto el programa de la asociación. El documento por ellos escrito, *Manifiesto del Partido Comunista*, pasó a ser el programa de todo el movimiento revolucionario.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels expusieron los fundamentos de la concepción materialista de la historia, de la inevitabilidad del hundimiento del mundo capitalista y de la misión histórica del proletariado. Todo el *Manifiesto* lo informa la idea de que la lucha de clases ha alcanzado en la sociedad una fase en la que el proletario, sometido a explotación, debe liberarse de la burguesía explotada, liberando al mismo tiempo y para siempre a la sociedad de toda opresión y de la lucha de clases.

Estudiando las distintas etapas atravesadas por la lucha del proletariado contra la burguesía —desde la destrucción de las máquinas por obreros aislados y la formación de las asociaciones obreras que actuaban juntas contra la reducción de los salarios hasta, por último, la lucha abierta del proletariado de toda la nación contra la burguesía—, Marx y Engels plantearon que en las etapas superiores de su desarrollo, la lucha de clases del proletariado se transforma inevitablemente en lucha política, cuya meta debe ser el derrocamiento de la dominación de la burguesía y la conquista del poder político por la clase obrera.

Después de formular los objetivos de la lucha del proletariado, Marx y Engels expusieron en el *Manifiesto* la idea del papel dirigente del partido comunista como condición para el éxito de la lucha. Sostiene el *Manifiesto* que los comunistas luchan en nombre de los objetivos y los intereses inmediatos de la clase obrera, pero que en el movimiento del presente defienden el movimiento del futuro. Por eso, los comunistas apoyan todo movimiento progresista, revolucionario, orientado contra el sistema social y el régimen político reaccionarios; por eso tratan en todas partes de llegar a la unión y al acuerdo con los partidos democráticos, sin perder de vista su objetivo final: la lucha por el socialismo.

Considerando que en la Europa de entonces era en general imposible la victoria de la revolución proletaria en un solo país (las fuerzas unidas de la reacción internacional burguesa y feudal hubieran estrangulado inevitablemente el movimiento obrero de una o de otra nación, incluso si los obreros conseguían vencer a su enemigo interior), Marx y Engels plantearon la tarea de unir los esfuerzos de

los obreros de los distintos países y enunciaron y fundamentaron el principio del internacionalismo.

El *Manifiesto del Partido Comunista* termina con una llamada al combate, a la revolución proletaria: "¡Que las clases dirigentes tiemblen ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

El *Manifiesto* del nuevo partido apareció en uno de los momentos decisivos de la historia: Europa se hallaba en vísperas de la revolución de 1848-1849.

4. La revolución de 1848-1849 en Francia

La revolución de 1848-1849 fue un acontecimiento de trascendencia histórica mundial. En ella por vez primera desempeñó un papel histórico el proletariado revolucionario. Fue también un punto crucial en el desarrollo de la ideología revolucionaria: en su fuego ardieron las esperanzas en una solución conciliada de las contradicciones sociales entre la burguesía y el proletariado que durante décadas habían cultivado las muchas escuelas del socialismo utópico y de la democracia pequeñoburguesa. Los obreros de los países avanzados pusieron sus ojos en el marxismo.

La de 1848-1849 fue una revolución europea. Combates de barricadas estremecieron a París, Milán, Viena, Berlín, Roma, Bucarest, Praga y otras ciudades. Pero en cada país el movimiento tenía su carácter específico. Alemania se hallaba abocada a una revolución democrática burguesa, cuyo objetivo era la destrucción del sistema absolutista y la liquidación del fraccionamiento político del país. En Italia y en otros países, la revolución democrático-burguesa tomaba la forma de movimiento nacional contra la opresión extranjera. En Francia, la lucha de clases alcanzó su más alto desarrollo, ya que allí el movimiento democrático general contra la monarquía, por la república, se transformó rápidamente en una guerra entre la burguesía y el proletariado.

Debido a la restauración, la burguesía francesa había sido apartada del timón del Estado, aunque conservaba sus posiciones econó-

micas. Prefiriendo recuperar el poder sin recurrir a la revolución, exigía "reformas para evitar la revolución". Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de modo distinto. En febrero de 1848, los trabajadores de París se alzaron en armas y derrocaron la monarquía de los banqueros. En los primeros días de la república, los proletarios se sentían dueños de la situación. Efectivamente era así: ellos habían derribado la monarquía y el pueblo, armado, dictaba su voluntad al gobierno. Un contemporáneo de la revolución dijo que el "obrero era el héroe del día, y se le trataba como a un soberano de nuevo cuño". Por exigencia popular fue proclamada la república. Los obreros creyeron que con ello estaban echados los cimientos de un nuevo régimen, en el que no habría prisión ni miseria. Fomentaron esas ilusiones las promesas del gobierno provisional, que se decía dispuesto a poner fin a la explotación y a la lucha de clases. La mayoría de los proletarios creyeron en estas promesas, con mayor razón porque en el gobierno había dos socialistas: el periodista Luis Blanc y el obrero botonero Albert.

Pero las esperanzas de que la república burguesa fuera la república del trabajo y la justicia, no se vieron cumplidas. En realidad, el gobierno provisional fue un compromiso entre las distintas clases que habían derrocado conjuntamente la monarquía de julio, pero cuyos intereses estaban en pugna. Las transformaciones sociales por las que luchaban las masas trabajadoras estaban en contradicción con los intereses de la burguesía, cuyos testaferros en el gobierno provisional trataban por todos los medios de frustrar las medidas orientadas a mejorar la situación de los proletarios. El decreto del "derecho al trabajo" fue simple papel mojado. La "organización del trabajo" exigida por los obreros no fue más allá de la fundación de los llamados talleres nacionales, en los que el trabajo estaba mal organizado. Los obreros exigían la institución del Ministerio del Trabajo y la "supresión de la explotación del hombre por el hombre": la burguesía creó la llamada Comisión de Luxemburgo, encabezada por Luis Blanc, que no poseía ningún poder efectivo.

Las ideas socialistas utópicas, las ideas del socialismo no clasista, hicieron daño a los obreros. Considerant, por ejemplo, exhortaba a tener confianza en el gobierno provisional. Su periódico *Democracia Pacífica* aseguraba que todos los republicanos se habían hecho socialistas. Cabet llamaba también a apoyar al gobierno provisional. Clamaba: "¡Ningún atentado a la propiedad! Guardémosnos de exigir la aplicación inmediata de nuestras teorías comunistas.